

REFLEXIONES DE LOS DOMINGOS DE PASCUA Y CELEBRACIÓN DE PENTECOSTÉS



Domingos de pascua 2023

RESURRECCIÓN DE JESÚS (kerygma)

La Resurrección de Jesucristo es la fiesta más importante de nuestra fe porque es la noticia más esperanzadora, liberadora y gozosa que podamos recibir en la vida y en la historia. Pero ¿por qué?



Dios, por su amor tierno, incondicional y fiel a cada uno de nosotros, sus hijos, nos tenía un plan maravilloso de felicidad (Gn 1,28). Sin embargo, le dimos la espalda a su proyecto, hicimos lo que nos pareció mejor, y no acertamos, usurpamos los bienes de su Reino y desaprovechamos la herencia de hijos: abandonamos al Dios de la vida y escogimos la muerte, perdimos el paraíso y nos enredamos en el pecado.

Dios mismo ha tomado la iniciativa: nos ama tanto que ha enviado a su propio Hijo para salvarnos: *“Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna”* (Jn 3,16). La misión de Jesús es restaurar el Reino de Dios, para que podamos vivir como herederos.

Jesús es el verdadero “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29), pues nada podemos hacer para eliminar el pecado, que es la causa de todos los males que aquejan a la humanidad. Él tomó voluntariamente el lugar que nos correspondía en la condena a muerte por nuestro pecado, pagó nuestra sentencia muriendo en lugar nuestro y en favor nuestro (Jn 10,18a; 15,13; Ga 2,20b). Jesús, el inocente y puro, es el único apto para purificarnos y justificarnos con su Sangre. Alguien con las manos sucias es incapaz de limpiar a otro (cf. Heb 9,14; Is 53,5b; 2Co 5,21). Al morir Jesús en la Cruz, murió también en ella el pecado, y al resucitar al tercer día de entre los muertos, dejó al pecado sepultado en la tumba del Calvario.

¡Cristo ha resucitado! Ha vencido al diablo (Jn 12,31), al pecado (Rm 8,2) y a la muerte (1Co 15,55.57), ha restablecido nuestra relación con Dios rota por el pecado, ya que Jesús, por su Encarnación, es el Emmanuel, Dios con Nosotros, puso su morada entre nosotros; y por su glorificación, nos da acceso al Paraíso perdido, con nuestra humanidad glorificada está a la derecha del Padre, en plena comunión con Él, y nos trajo la vida de hijos de Dios, herederos del Reino (Jn 10,10; Ef 2,4-7; Heb 1,2). Todo lo que nos pide es que le creamos y que cambiemos de mentalidad y de vida, para gozar de ese gran regalo

Imagínate que estás en un calabozo, condenado a muerte por el mal que has hecho, sin ninguna posibilidad de escapar. De repente, se abre la puerta: es Jesús que trae en su cuerpo las señales de tortura y muerte, y en la mano el documento con tu sentencia, pero con el sello de saldado, cumplido y pagado, y te dice: “Yo he tomado tu lugar, he pagado tu sentencia y estoy resucitado, eres libre, pagué tu deuda. Sígueme, para que tengas mi misma vida”. ¿Qué respondes y haces? Muchos no creen en lo que les ofrece Jesús y no lo siguen, otros tratan de buscar una alternativa para escapar, y aunque la puerta está ya abierta, hacen boquetes en la pared o escarban un túnel que los lleva a otra prisión peor e infranqueable ¡Siendo que todo lo que te ofrece Jesús es gratuito, es GRACIA, te lo da sin que lo merezcas!

Lo más difícil no es reconocer que necesitamos ser salvados, sino que esa salvación sea gratuita, pues Jesús ya pagó, le costó hasta la última gota de su Sangre. Obviamente, no nos sentimos merecedores de ese don, de ese amor incondicional de Dios, sin pedirnos nada a cambio. El problema no es que Dios nos ame o no, ¡claro que nos ama!, sino que nosotros no nos dejamos amar, porque nosotros mismos no nos amamos ni nos valoramos como Dios lo hace, nos hemos colgado las etiquetas que toda la vida hemos oído de los que nos rodean, al

menospreciarnos o compararnos con otros, y las hemos asumido. Escuchemos la opinión más autorizada sobre nosotros, la de nuestro Creador: *Y se oyó una voz que venía de los cielos: "Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco"* (Mc 1,11). No dejemos de recibir y usar ese regalo que hoy el Señor nos ofrece ¡Si soy el hijo amado en quien se complace el Padre, nuestra felicidad está garantizada!

El Señor Jesús, ¿quién es para mí? ¿tengo mi confianza puesta en mis posesiones y habilidades o en otras personas para alcanzar una vida plena? ¿Qué es lo que me impide entregarme de lleno al Resucitado? ¿Creo en Él en cuanto crucificado o como resucitado? ¿Es Él mi Dios y mi Señor, o sigo usurpando su trono?

2º DOMINGO DE PASCUA DE LA DIVINA MISERICORDIA

En nuestra vida diaria debemos enfrentarnos a nuestros miedos, que nos hacen apartarnos de los demás y encerrarnos, al igual que los discípulos de Jesús: ellos por miedo a los judíos ¿y nosotros?

El miedo nos incapacita para dar la respuesta correcta y oportuna que debemos dar. El miedo al qué dirán, a la burla, a la opinión contraria de los demás, nos impide realizar las acciones que son necesarias y apremiantes en nuestra familia, sociedad, parroquia.

Ante las modas e ideologías: el miedo a defender la vida desde su concepción hasta su término natural, incluyendo la ancianidad y situaciones de incapacidad, el miedo a expresar y defender la propia sexualidad que posee cada persona desde su concepción, ya que nace varón o mujer, según el plan de Dios.

Afortunadamente, Jesús nos conoce, ha asumido nuestra condición humana, con todas sus debilidades, y viene a nosotros, a encontrarse con nuestros miedos e inseguridades, y a soplar su Espíritu sobre nosotros infundiéndonos la vida nueva de resucitados para edificarnos, afianzar nuestra fe, centrar nuestra esperanza en la solidez de su Pasión, Muerte y Resurrección, en su constante compañía y auxilio.

Además, es su voluntad que seamos sus colaboradores para continuar su obra en el mundo, por eso nos llama a la existencia para cumplir una misión, no existimos por casualidad o accidente, nuestra vida tiene sentido por Él. Cuando Dios sopló sobre barro, generando un ser humano. ¿Te imaginas lo que pasa si nos abrimos para que Cristo sople sobre nosotros su Espíritu?

Jesús nos envía a evangelizar, a dar testimonio de la misericordia divina, a promover la reconciliación. Nos corresponde perdonar a quienes nos han ofendido, a no llevar cuenta de las ofensas, a orar por quienes nos han ofendido, a dar una palabra de amor de caridad, en vez de la palabra áspera y grosera que a veces damos.

Hay que tener fe en lo que Cristo predicó, obró y transmitió a su Iglesia, la cual ésta nos ha enseñado siempre, y no seamos como Tomás apóstol, que, por no estar con los demás apóstoles la noche de la Resurrección, quería tener personalmente la certeza de que ese Jesús que se les presentó a ellos era el mismo que el Crucificado, queriendo ver y palpar las huellas de su Pasión. ¿Cuántas veces nuestra fe flaquea en situaciones y conflictos que salen de nuestro control y de nuestras fuerzas para poder solucionarlos? ¿Cuántas veces le pedimos al Señor signos de su compañía en los momentos difíciles, hasta condicionar nuestra fe si nos los concede o no?

Ante la incredulidad o duda de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, de su fidelidad y compañía o de alguna verdad de fe, digamos con certeza y alegría la más bella profesión de fe en la Biblia, la que proclamó el mismo que flaqueó, el apóstol Tomás: ¡Señor mío y Dios mío! El camino de la fe de Tomás, quien pasa de incrédulo a creyente, debe movernos a revisar el camino de nuestra experiencia personal y comunitaria del Señor Jesús, a quien ya no vemos físicamente, sino que lo hallamos como Señor Resucitado, encontrándolo a través del testimonio de los creyentes y del Evangelio escrito, que es la Palabra inspirada de Dios.

¿Te imaginas si los demás apóstoles hubieran rechazado al incrédulo? Nunca podría gozar de un encuentro personal con Jesús, Señor y Salvador. Nuestra fe debe ser fuente de bendición para nuestros próximos (cf. Mc 2,2-12). Tengamos paciencia y comprensión con el hermano que, por múltiples causas, le cuesta trabajo aceptar a Jesús. La fe siempre nace en comunidad, seamos testigos de Cristo Resucitado, contagiemos, seamos sal y luz, obremos en caridad, nunca impongamos ¡vivamos el Evangelio! Busquemos a los que se alejan o son aquejados por la duda. Que nuestro ejemplo haga que los que nos rodean abran su corazón a Jesús, que los ama y los busca para ofrecerles la verdadera felicidad, su salvación, sin formar una especie de secta o club exclusivo de los que ya hemos tenido un encuentro con Jesús Resucitado.



Ante los nubarrones que se ciernen sobre la Iglesia, aun de parte de muchos bautizados, mantengámonos firmes en la auténtica enseñanza que Jesús transmitió a sus apóstoles. Evitemos una fe líquida, como recomienda el Papa Francisco, esa que se acomoda a lo que dictan las modas del momento en el mundo.

La fe sólida es la que está fundada en la base firme de la roca de la verdad, no sobre la arena de las ideologías o supersticiones, o de la fragilidad de nuestros bienes temporales. El corazón humano es donde se originan todos los conflictos sociales, es necesario que lo sometamos al señorío del Resucitado.

3er Domingo de Pascua (Lc 24, 13-35)

Entre los escritos del poeta español Antonio Machado sobresale uno titulado, *“Caminante no hay camino”,* interpretado hecho canción por Manuel Serrat. En su contenido, la frase que catapulta a la reflexión es:



Caminante, no hay camino se hace camino al andar. Al andar se hace camino y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar, Caminante no hay camino sino estelas en el mar.

Parece petrificar entre sus versos la perplejidad que viven los dos discípulos de Emaús. Hay unas características claves en el pasaje Lucano (24, 13-35):

- 1) Los discípulos iban discutiendo lo acontecido.
- 2) Jesús se acerca con ellos y comienza a caminar a su lado, pero sus ojos eran incapaces de reconocerlo.
- 3) Jesús les llama poco perspicaces para entender el mensaje de los profetas y les explica las Escrituras.
- 4) Sin reconocerle le piden a Jesús que se quede.

Este tercer domingo de Pascua nos previene de caer en el desánimo, como estos discípulos de Emaús, reflejados en algunos católicos en la actualidad que sufren los mismos síntomas que aquellos caminantes. La vida del cristiano es un caminar constante, un peregrinar por este mundo, con experiencias, personas, sentimientos, emociones, acontecimientos únicos y nuevos.

Aquellos discípulos, a pesar de conocer los indicios de la Resurrección, cayeron en la desilusión que los hace madurar su fe en el mismo Cristo. Por ello, es necesario reflexionar, cuantos católicos van por la vida caminando sin mirar a su alrededor, ensimismados, absortos en sus miedos y preocupaciones, que impiden observar y disfrutar de los regalos que Dios ofrece cada día. Por otro lado, se presentan católicos que se relacionan con los demás, pero conversando cuestiones superficiales que no enriquecen a los demás y a uno mismo. Incluso el relatar su historia, su día, lo hacen quejándose de lo que les ha acontecido.

El punto concreto es que los acontecimientos reflejados en este tipo de católicos no son asumidos o percibidos de forma sana; se aleja de la comunidad, o los hace intoxicarse unos a otros, como los discípulos de Emaús que caminaban ensimismados, intoxicados por la desesperanza, lo cual les impedía reconocer a Jesús en su camino. Lucas narra que esos discípulos caminan con los ojos paralizados, como muchas personas, hoy en día, que van con la mirada a corto alcance por lo mediático del mundo (noticias, crisis, violencia, política, corrupción, guerra, entre otras cosas).

Otra característica que llama la atención es una frase de Jesús dirigida a los discípulos, por no reconocerlo: *“Qué duros de entendimiento, que poco perspicaces (“lentos de corazón” en la traducción*

griega), cuyo sentido es explícito: Jesús quiere abrir la mente de estos senderistas, ir más allá del dolor, la duda, la tristeza, la desesperanza, lo que es pasajero; y además deja implícito que el discípulo debe ser agudo de mente, para poder entender los designios de Dios.

Ciertamente, para el hombre es duro fijar la mirada profundamente en momentos críticos, pero Jesús no es, ni quiere ser, un placebo o anestesia para el dolor humano, Él quiere enseñar a los discípulos que el sufrimiento, el desánimo, la pocas ganas de vivir, son parte de la condición humana, y que gracias a ellos nos hace reconocer al Dios de vivos en medio de tanta muerte, injusticia (Ha 1, 2-4). Se atribuye esta frase a san Pio de Pietrelcina: “Bendita la crisis que te hizo caer, la caída que te hizo mirar al cielo, el problema que te hizo buscar a Dios”.

Por último, los discípulos al reconocer a Jesús frente a ellos, desaparece, dejándoles una satisfacción interna en el corazón que les arde gustosamente y los empuja a volver corriendo para dar testimonio. Pareciera que Jesús juega a las escondidas, pero en realidad desaparece ante sus ojos para devolverles la vista de la fe y el ardor del llamado.

El Señor en este tercer domingo, nos invita a regenerar nuestra vista muerta por el desánimo, nos hace mirar y reconocerlo entre tantas malas noticias. Que sí ha resucitado, y no solo Él, sino todo aquello que en Él ha re-creado nuestro Padre celestial (Ef 1,9-10).

Pidamos pues, a Jesús que nos abra la mente, nos dé luz, que su Palabra sea lámpara para nuestros pasos en el camino (Sal 119, 105). Que nos explique nuestra historia, nuestro Gólgota y crucifixión con los acontecimientos que nos atormentan y nos hacen lentos de corazón; para poder reconocerlo como los discípulos de Emaús y exclamar: “¿No ardía nuestro corazón en nuestro interior cuando nos hablaba en el camino?”.

4to Domingo de Pascua, Jn 10-1,9

Domingo del Buen Pastor. Jesús es la Puerta.

Un gran misterio de la vida humana es alcanzar la salvación y el paso a la eternidad en el cielo. Un día llegamos a este mundo y sabemos que pronto vamos a dejarlo con sus goces y felicidades, así como sus sufrimientos e incomprensiones. La parábola del Buen Pastor nos revela un gran misterio de Cristo sobre nuestra salvación que vale la pena meditar y comprender.



En este pasaje del capítulo 10 del Evangelio de San Juan, Jesús se compara con la puerta de un corral de ovejas, pero quienes lo escuchaban no comprendieron sus palabras; entonces les explica a los oyentes que Él es la puerta de las ovejas, y que el que entra por él se salvará; podrá entrar y salir, encontrará alimento y protección.

Jesús es la puerta de la salvación. Pero, ¿de qué nos serviría una casa llena de oro -predicaba San Juan María Vianey- si no hubiera nadie que nos abriera la puerta? Y el santo decía: Es el sacerdote el que tiene la llave de los tesoros del cielo, él es quien abre la puerta; es el administrador del buen Dios; el administrador de sus bienes... Explicando a sus fieles la importancia de los sacramentos decía: “Si desapareciese el sacramento del Orden, no tendríamos al Señor. ¿Quién lo ha puesto en el sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido el alma de ustedes apenas nacidos? El sacerdote. ¿Quién la nutre para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la Sangre de Jesucristo? El sacerdote; siempre el sacerdote. Y si esta alma llegase a morir [a causa del pecado], ¿quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? También el sacerdote... Y enfatizaba el cura de Ars que el sacerdote no es para sí mismo sino para los demás, cada sacerdote es una expresión de amor del corazón de Jesús (citado por Benedicto XVI en su convocatoria al Año Sacerdotal por los 150 años de la muerte del santo Cura de Ars).

Todos los bautizados participamos del Sacerdocio común de Cristo, de una forma real, no sólo como mera comparación. Si bien el sacerdocio ministerial es la vocación de aquellos a quienes Jesús ha llamado a seguirlo y hacerlo presente de una manera más radical en el servicio a su Iglesia, en el anuncio del Evangelio, la celebración de la Eucaristía y la Penitencia, la guía de la comunidad en la caridad apostólica, todos los bautizados somos sacerdotes por el Bautismo. Por tanto, también estamos llamados a ofrecer nuestra propia vida unida a Jesús y a abrirles la puerta del cielo a nuestros hermanos, haciéndoles presente a Dios por la caridad y la oración que podamos ofrecer por ellos.

Entrar y salir por la puerta de Cristo es la certeza de nuestra salvación, y el modo concreto de hacerlo es a través de los sacramentos, especialmente por el Bautismo, por el que entramos a la Iglesia como hijos de Dios y herederos del tesoro divino, y por el sacramento de la Eucaristía, verdadero memorial del Sacrificio del Calvario y banquete del Pan del cielo. Pero, como pide el papa Francisco, debemos ser cristianos en salida: el hecho de habernos encontrado el más grande tesoro en la persona de Cristo, no podemos quedarnos con los brazos cruzados, sino estamos llamados a cumplir la misión que nos encomienda el Buen Pastor: salir de nosotros mismos para servir a nuestros hermanos, a los

más necesitados, pobres, descarriados, a las ovejas perdidas, para que también ellas entren por la puerta verdadera al corral de la Iglesia, sembrando la paz con semillas de la justicia. Es la mejor forma de anunciar el Reino, haciendo que disminuya el mal, reconstruyendo el tejido social y viviendo el Evangelio, la Buena Noticia de la Salvación.

La palabra de Jesús nos ayudará a escuchar la voz que nos llama a vivir con sentido, a abrir la puerta que conduce a la paz que anhelamos y a caminar por el sendero del amor que tanto deseamos. Pidamos por los sacerdotes para que sean “pastores con olor a oveja”, no funcionarios del clero de estado, y por los cristianos para que viva su misión sacerdotal en Cristo.

V Domingo de Pascua Jn 14,1-12

El mundo que vivimos parece más apasionado por las historias del mal que por la contemplación del bien. Los hechos y eventos de maldad humana son más evidentes y noticiosos que el bien que se hace; algunas películas, series de televisión y videojuegos de erotismo, violencia y maldad son más atractivos para muchos por la emoción y pasiones que despiertan, y son calificados como buenas producciones; algunas personas presumen de cómo evadieron la justicia, engañaron, sobornaron o se hicieron de un bien pasajero a costa de otros. En modo general, es la mentira presentada como verdad y el mal presentado como bien.

Es evidente una ausencia de sentido y orientación, de valores humanos y cristianos, a final de cuentas, una ausencia de Dios que genera un sentimiento de abandono, desconcierto, dudas, miedo y angustia.

El pasaje del evangelio de este V domingo de Pascua confronta e ilumina esta realidad. Es parte del discurso de despedida de Jesús la noche en que iba a ser entregado a las autoridades judías y romanas para ser sentenciado a la muerte en el Evangelio de San Juan (14,1-12). En él Jesús se revela como el camino que lleva a Dios cuya afirmación central es «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (14,6).

Todos vivimos diariamente experiencias de lo que significa encontrar y seguir un camino, descubrir y disfrutar la verdad y gozar en plenitud la vida. No son solamente conceptos extraños a nosotros, son experiencias cotidianas y necesarias. Un camino entre pueblos comunica y lleva a una meta; la vida es un don para gozar y disfrutar; la verdad se manifiesta a la razón y el corazón y descubre el engaño y la mentira. De una u otra forma todos necesitamos y buscamos a Dios y Jesús ha revelado y expresado una verdad indispensable, que nadie puede llegar al Padre sino es por Él.

Jesús anima a confiar en Él y poner a un lado todo sentimiento de angustia: “No se turbe su corazón. Creen en Dios, crean también en mí” (14,1). No hay mejores palabras de consuelo y confianza que éstas en la lucha agobiada de todos los días que enfrentamos cada uno en una sociedad moderna tan conflictuada. El conocimiento verdadero de Jesús permite creer en él, es decir, confiar en él y creer en sus palabras: hay un camino hacia el Padre con quien está en estrecha relación y comunión. En su persona, Jesús nos muestra al Padre, de otra forma Dios seguiría siendo un ser desconocido para nosotros; y en Él tenemos acceso para relacionarnos y también estar en comunión.

Sin embargo, el testamento de Jesús no tiene la finalidad de dejarnos en un consuelo y contemplación de la comunión de Jesús con el Padre e ideas sobre él, sino que, a partir de sus palabras y obras, los creyentes tomemos conciencia de que estamos llamados a seguir las obras de Jesús: “En verdad, en verdad les digo: el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago y hará mayores aún, porque yo voy al Padre” (14,12). No se trata de realizar signos más asombrosos que los de Jesús, sino del testimonio de unidad en el mundo. Y, por otro lado, no basta tampoco con decir “Señor, Señor”, sino que la fe implica un compromiso con quien ha entregado libremente su vida por nosotros.

El mal no puede ser identificado con el bien; la mentira no puede ocultarse como una verdad; la cultura de muerte no puede ser gozada como se disfruta la vida. Para salir de esta trampa propuesta por el mundo actual quizás la pregunta de Tomás se aplica hoy con mucha razón: “¿Cómo podemos saber el camino? Y por ello, Jesús hoy nos propone un sentido, orientación y dirección: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”.

Finalmente, valdría la pena preguntarnos a la luz del evangelio de hoy y en el contexto social que estamos viviendo: ¿Hacia dónde se encamina nuestro corazón? ¿Valoramos el mal y la mentira y despreciamos el bien y la verdad? ¿Tenemos realmente una actitud de escucha para comprender los acontecimientos desconcertantes y humanamente absurdos contrarios a la Verdad y la Vida? Y a manera de oración terminemos con una súplica: “Señor, muéstranos al Padre”.

VI Domingo de Pascua

PROMESA DEL ESPÍRITU Jn 14,15-21

Nos encontramos en este pasaje evangélico en la última cena de Jesús con sus Apóstoles dentro del 6to. Domingo de Pascua en la alegría del resucitado. El mensaje principal que el Evangelio de hoy nos propone, es el envío del Espíritu de la Verdad, sobre el cual gira toda la conversación de Jesús (17a).

Comienza diciéndoles que hay una condición fundamental para saber si se ama o no a Jesús: Cumplir sus mandamientos (15). Antes que nada, no se ama a quien no se conoce o a quien no se le cree, y el Señor nos recuerda que el amor auténtico se manifiesta con las obras, con testimonio de vida, es decir, *decido amarte en el “Vivir tu Voluntad”*. Sin embargo, Dios conocedor de la condición humana tan frágil, nos sobreabunda con la ayuda del don gratuito del Espíritu Santo, para no reducir nuestra fe a solo costumbres heredadas, prácticas, ritos y filantropía vacíos, sin Dios, como los opositores de Jesús de esa época (cf. Is 11,2; 29,13; Ez 11,19; 33,30-33; 36,27; Mt 7, 24-27; Mc 7,2-13; Jn 1,11; Hch 7,51; St 1,22, entre otras muchas citas).

Esta primera promesa del Espíritu revela el nuevo modo de la presencia de Jesús con los suyos. Su Espíritu viene para unir y fortalecer la comunidad. Éste es un primer paso para prepararla para su lucha contra el mundo y lo mundano, entendiéndolo como quienes se dejan seducir por la realidad banal y pasajera, en la que el “Defensor”, o el “Espíritu de la Verdad”, como es llamado también por Jesús (17a), jugará un papel clave, y solo será reconocido por quienes obran en el Amor de Dios.

“Todo aquello que el Espíritu Santo llene con su presencia, se eleva al deseo de las cosas invisibles. Y como los corazones mundanos no desean sino las visibles, no lo recibe este mundo, que no sabe levantarse hasta el amor de lo invisible. Las almas mundanas, tanto menos espacio dejan para recibir al Espíritu, cuanto más se dilatan por sus deseos hacia las cosas exteriores” (San Gregorio, *Moralium* 5,20).

“Obras son amores y no buenas razones”. Jesús tiene una relación profunda y obediente con el Espíritu, y les da a los discípulos ese mismo tipo de relación con el Espíritu (cfr. Jn 20, 21-22), nos invita a pertenecer a su Reino, cumpliendo su Voluntad, sus planes para nuestra vida, haciendo que disminuya el mal en nuestro entorno, teniendo en el corazón el amor a Dios amando al prójimo, a través de las acciones en las obras de misericordia corporales y espirituales, que, por cierto, será nuestro examen final de vida en el juicio final: ***Vengan, benditos de mi Padre, a recibir el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed... (Mt 25,31-46).***

“Por tanto el que no ama al prójimo, no guarda su mandamiento. Y el que no guarda su mandamiento, no puede amar a Dios... El fruto de la caridad consiste en la beneficencia sincera y de corazón para con el prójimo, en la liberalidad y la paciencia, y también en el recto uso de las cosas” (San Máximo el Confesor, Centuria de la Caridad 1,16-17.40).

Cristo no nos deja huérfanos (18), no se marcha y nos deja desamparados y afligidos, sino que nos da la esperanza en otro Paráclito por siempre (16b). En griego, παράκλητος, el que ayuda consolando, exhortando, mediando. También significa abogado, particularmente el que aboga ante Dios (1Jn 2,1).

El pecado divide y destruye la sociedad, la armonía, la justicia y la paz con que podríamos convivir en fraternidad. Porque el “Hacer” y “Vivir” la Voluntad del Padre, nos hace uno con Él, con Jesús y con los hermanos (20), lo que es imposible si no nos dejamos llenar del Espíritu Santo, que nos renueva y auxilia.

¿En qué consisten los “mandamientos” de Jesús? ¿Por qué el amor por Jesús se demuestra en la observancia de sus mandamientos? ¿Qué se requiere para recibir el don del Espíritu Santo y la comunión honda y definitiva con Dios? ¿Por qué el “mundo” (lo que se ha cerrado a Dios) no lo puede alcanzar? ¿Qué tiene que ver la descomposición familiar y social con la ausencia de Dios o su rechazo en nuestras comunidades? ¿Qué puedo hacer para que el Espíritu Santo more en nuestro entorno y en el mundo?

VII Domingo de Pascua: La Ascensión (Mt 28, 16-20)

Al comienzo del Evangelio según Mateo, Jesús fue presentado como el “Dios-con-nosotros” (1,23), ahora, a manera de inclusión y quiasmo, al final del Evangelio es Jesús resucitado, antes de su Ascensión, quien dice: “Yo-estoy-con-ustedes” (28,20). ¡En Jesús, Dios nos acompaña en nuestro Éxodo!

La ascensión de Jesús no es un viaje al exterior de nuestro planeta, sino pasar del tiempo a la eternidad, de lo visible a lo invisible, de los seres humanos a Dios. Él está junto al Padre, no está lejos, sino cerca de nosotros. Ahora ya no se encuentra en un solo lugar del mundo; con su poder que supera todo espacio, está presente al lado de todos, y todos lo pueden invocar en todo lugar y a lo largo de la historia (Jn 14,12-14.28).

El libro de Hechos de los Apóstoles presenta a unos discípulos preocupados de si la presencia de Jesús guardaba relación con el beneficio de pocos (el restablecimiento del reino para Israel, Hech 1,6-7). La respuesta de Jesús deja claro que su presencia permanente (Resurrección y Ascensión) nos compromete más bien a cumplir “La Gran Misión (o encomienda)” (Mt 28,19-20) de ir al encuentro de todos los pueblos de la tierra siendo sus testigos, tarea que supera nuestra capacidad, pero Dios no abandona al hombre a sus propias fuerzas (Hch 1,8), sino más bien que a la obra que Dios nos encomienda se le suma su presencia y su ayuda para que podamos cumplirla en nombre de aquel que está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. Esta “Gran Misión”, la deja a modo de “testamento” a los discípulos, que representan a toda la Iglesia, consiste en cuatro mandatos:

1° “VAYAN”: La Iglesia de Jesús es esencialmente una comunidad misionera. Las palabras del Señor resucitado “vayan” (19), “pónganse en camino”, la invitan a salir constantemente de sí misma, de sus problemas y preocupaciones domésticas, para abrirse a un nuevo horizonte: el de toda persona que no conoce el gozo de sentirse hijo de Dios y hermanos entre sí. Iglesia de salida, no de conservación, como nos recomienda el Papa.

2° “HAGAN DISCÍPULOS ENTRE TODOS LOS PUEBLOS”: La esencia de la misión de los discípulos es atraer a cualquier persona a un encuentro personal con el Señor y a su seguimiento como consecuencia. De la misma manera como Jesús los llamó, sin forzarlos sino seduciendo su corazón y apelando a la libre decisión de cada uno, así ellos deben hacer discípulos a todos los pueblos de la tierra. “Seguimiento” quiere decir configurar el propio proyecto de vida en la propuesta de Jesús, entablar una cercanía con la persona de Jesús, entrar en comunión de vida con Él, docilidad para aceptar que sólo Él conoce el camino y la meta y nos conduce con firmeza y seguridad hacia ella.

3° “BAUTIZÁNDOLAS EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO”: Estar bautizados quiere decir estar íntimamente unidos a Dios, inmersos en Dios mismo. Resultando que

A) Dios ya no es un Dios lejano, no es una realidad para discutir —si existe o no existe y cómo es—, sino que nosotros estamos en Dios y Dios está en nosotros.

B) No soy yo quien me hago cristiano, sino soy asumido por Dios y, diciendo “Sí” a esta acción de Dios, llego a ser cristiano. Es un pasivo para mí, que se transforma en un activo en nuestra vida, en mi vida.

C) Al estar inmerso en Dios, estoy unido a los hermanos, porque todos los demás están en Dios, y si yo soy sacado de mi aislamiento, si estoy inmerso en Dios, estoy inmerso en la comunión con los demás. Este hecho de que el Bautismo me inserta en comunidad rompe mi aislamiento.

D) Bautismo es una primera etapa de la Resurrección: inmersos en Dios, ya estamos inmersos en la vida indestructible, comienza la Resurrección. Como Abrahán, Isaac y Jacob están vivos por estar en el “nombre de Dios”, así también nosotros, insertados en el nombre de Dios, estamos vivos en la vida inmortal.

4° “Y ENSEÑÁNDOLES A CUMPLIR TODO LO QUE YO LES HE MANDADO”: La comunión con Dios, determinada por el seguimiento y sellada por el Bautismo, les exige a los discípulos un estilo de vida que esté a la altura de ese don. Las enseñanzas de Jesús no son opcionales, debemos llamar a todos como discípulos y educarlos en una vida recta, mostrada por Jesús a lo largo de este Evangelio según san Mateo, sobre todo en sus 5 discursos: el Sermón de la Montaña (Mt 5-7), Las instrucciones a los misioneros (Mt 10), Las Parábolas del Reino (Mt 13), Las advertencias a la comunidad cristiana (Mt 18), y Cómo vivir a la espera del fin de los tiempos (Mt 24-25).

¿A qué nos anima la presencia de Jesús entre nosotros? ¿A qué nos compromete? ¿Qué implicaciones tiene para mi vida la Ascensión y mi Bautismo como discípulo de Jesús? ¿Seremos capaces de ayudar a disipar las sombras que envuelven nuestra sociedad, sumergida en la división, en la violencia y toda clase de manifestaciones de pecado y de muerte?

CELEBRACIÓN DE PENTECOSTES



Cita generadora: “Todos quedaron llenos de Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu los movía a expresarse” (He 2, 4).

Materiales:

- ☐ Letrero grande: VEN ESPÍRITU SANTO
- ☐ Llamas de fuego
- ☐ Letreros con los nombres de cada uno de los dones del Espíritu Santo.
- ☐ Siete veladoras, una para cada don.

Introducción:

Con la celebración de Pentecostés concluye el tiempo de Pascua. El protagonista principal en esta fiesta es la tercera Persona de la Santísima Trinidad. Es este mismo Espíritu que estuvo en la creación del mundo, en la Encarnación, en el Bautismo de Jesús, y en la vida de la Iglesia y de cada cristiano.

EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO

Guía: Los invito a disponernos para iniciar con este momento de rodillas ante Jesús Eucaristía.

Canto:

V. Bendito y alabado sea Jesús en el Santísimo Sacramento del altar.
R. Sea para siempre bendito y alabado.
V. Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.
R. Como era en el principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

Guía: Jesús, reconocemos que estás con nosotros, presente en la Eucaristía. Sabemos que de tu costado abierto en la Cruz brotó Sangre y agua, y nos entregaste tu Espíritu para que tuviéramos vida nueva y fuéramos tus testigos. Y recomendaste a tus apóstoles: “No se alejen de Jerusalén, hasta que sean revestidos del poder de lo alto”. Ellos, desde tu ascensión al cielo hasta el día de Pentecostés, estuvieron unidos en oración, con María, tu Madre, hasta ser llenos del Espíritu Santo. Hoy estamos aquí para implorarte ese mismo Don, ya que en un mundo tan desolado y revuelto necesitamos la fuerza de lo alto.

Guía: Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre; don, en tus dones espléndido; luz que penetra las almas; fuente del mayor consuelo.

Padre nuestro y Ave María

Canto:

Guía: Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos.

Padre nuestro y Ave María.

Canto:

Guía: Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.

Padre nuestro y Ave María.

Canto: Ven Espíritu Santo Creador. (o algún otro al Espíritu Santo)

Guía: Reparte tus siete dones según la fe de tu pueblo. Por tu bondad y tu gracia dale al esfuerzo su mérito. Salva al que busca salvarse y danos el gozo eterno. Amén.

Guía: A una sola voz decimos el siguiente Himno al Espíritu Santo.

Himno: VEN, CREADOR, ESPÍRITU AMOROSO

Ven, Creador, Espíritu amoroso,
ven y visita el alma que a ti clama
y con tu soberana gracia inflama
los pechos que criaste poderoso.

Tú que abogado fiel eres llamado,
del Altísimo don, perenne fuente
de vida eterna, caridad ferviente,
espiritual unción, fuego sagrado.

Tú te infundes al alma en siete dones,
fiel promesa del Padre soberano;
tú eres el dedo de su diestra mano,
tú nos dictas palabras y razones.

Guía: En el mundo y en nuestro país vivimos realidades que desafían, preocupan y que destruyen el tejido social. Escuchemos atentos lo que nos dicen en el Proyecto Global de pastoral en el n. 20, nuestros obispos expresan así esta realidad:

Lector 1:

“Estamos convencidos de que la humanidad vive en este momento, un verdadero y profundo cambio de época con diferentes matices, como un extraordinario giro histórico que se percibe en todos los campos de la vida humana, arrastrado por un desarrollo científico, innovaciones tecnológicas sorprendentes y sus veloces aplicaciones en distintos campos de la naturaleza y de la vida”.

Lector 2:

“Nos preocupa el arribo de esta nueva cultura que desdibuja y mutila la figura humana, y es aquí donde se encuentra el corazón de la profunda transformación que se está dando y lo que nosotros identificamos y llamamos como el núcleo cultural fundamental: ¡la negación de la primacía del ser humano! es decir, nos encontramos ante una profunda crisis antropológico-cultural”.

Lector 3:

“El Papa Francisco ha identificado claramente este fenómeno humano y lo ha llamado “cultura del descarte”. Esta realidad genera en su raíz una eliminación de las personas: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobrantes”. La Iglesia es hoy, en el pensamiento del Papa Francisco, un hospital de campaña con muchos heridos que debe atender”.

Canto: ¿Quién es el que vieron pasar? (Jesuitas acústico)

<https://youtu.be/Sfc593VCH14>

Guía: Haciendo eco a estas palabras que hemos escuchado. Mencionemos algunas realidades que vivimos:

- El dolor de las mujeres buscadoras.
- Los jóvenes desaparecidos.
- La situación de alcoholismo y drogadicción que viven algunas familias.
- Las situaciones de injusticia en los trabajos, en las instituciones públicas, en los hospitales y en otras instancias.
- El dolor de las personas que han sido abusadas física, psicológica y sexualmente.

Guía: Los Apóstoles vivieron, en el cenáculo, un acontecimiento que supera sus expectativas. “Reunidos en oración, son sorprendidos por la irrupción de Dios. Se trata de una irrupción que no tolera lo cerrado: abre las puertas con la fuerza de un viento que nos recuerda la “ruah”, el sopro primordial, y cumple la promesa de la ‘fuerza’ hecha por el Resucitado antes de su partida. (Papa Francisco en la Audiencia General del tercer miércoles de junio de 2019)

Del libro de los hechos de los Apóstoles (2, 1-4) “Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido, semejante a una ráfaga de viento impetuoso, y llenó toda la casa donde se encontraban. Entonces aparecieron lenguas como de fuego, que se repartían y se posaban sobre cada uno de ellos. Todos

quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu Santo los movía a expresarse”. Palabra de Dios.

Guía: Guardamos un momento de silencio para hacer resonar este texto que escuchamos.

Canto: Ven Santo Espíritu

<https://youtu.be/Hfp6yhWJkzM>

Guía: Profundicemos cada uno de sus dones y pidamos a Dios aquel Don que más necesitamos, para responder en esta realidad y vivir con más autenticidad la vida cristiana.

Al mencionar cada don, vamos a ir colocando sobre el altar o junto a él el letrero con el don y la vela.

Guía: Don de sabiduría:

La sabiduría es ver sabiamente las cosas, no sólo con la inteligencia, sino que, con el corazón tratando de ver las cosas como Dios las ve y comunicándolas con sabiduría de tal manera que los demás perciban que Dios actúa en nuestra persona: en lo que pensamos, decimos y hacemos.

Guía: Don de Inteligencia

Con este Don podemos conocer y comprender las cosas de Dios, la manera cómo actúa Jesucristo, descubrir inteligentemente, sobre todo en las páginas del Evangelio, que su manera de ser y actuar es diferente al modo de ser de la sociedad actual. El Don de la Inteligencia es una luz especial que puede llegar a todas las personas y muchas veces tiene sus frutos en los niños y en la gente más sencilla.

Guía: Don de Consejo

Se trata de tener la capacidad de escuchar al Señor que nos habla y tratar de discernir y juzgar las cosas a la luz de la voluntad de Dios. El Don de Consejo nos ayuda a enfrentar mejor los momentos duros y difíciles de nuestra vida, al mismo tiempo nos da la capacidad de aconsejar, inspirados por el Espíritu Santo, a quienes nos piden ayuda, a quienes necesitan palabras de aliento y vida.

Guía: Don de fortaleza

Este Don nos da la firmeza interior necesaria para superar los momentos duros y difíciles de nuestra vida. Muchas veces somos débiles y podemos caer fácilmente en las tentaciones propias de esta sociedad como lo es el dinero, el poder, el consumismo, los vicios, etc. Es allí donde necesitamos el Don de la Fortaleza y pedir al Señor que nos ilumine. El ejemplo de Jesucristo, su pasión y muerte, debe ser para nosotros un auténtico testimonio de fortaleza que nos ha de llevar a superar nuestra debilidad humana.

Guía: Don de Ciencia

Este Don nos ayuda a descubrir la presencia de Dios en el mundo, en la vida, en la naturaleza, en el día, en la noche, en el mar, en la montaña. El Espíritu de Ciencia nos descubre nuestro fin sobrenatural y los medios adecuados para alcanzarlo, nos permite discernir entre el bien y el mal y nos hace mirar a las personas y las cosas con los ojos de Dios.

Guía: Don de Piedad

El Don de Piedad nos permite acercarnos confiadamente a Dios, hablarle con sencillez, abrir nuestro corazón de hijo a un Padre Bueno del cual sabemos que nos quiere y nos perdona: “Padre Nuestro...” Este Don nos ha de motivar a la oración y al encuentro profundo con el Señor, a juntarse en la capilla, abrir el Nuevo Testamento y disfrutar de la presencia del Señor en nuestra vida.

Guía: Don de Temor de Dios

Este Don nos hace evitar el pecado porque ofende a Dios. Cuando se descubre el amor de Dios lo único que deseamos es hacer su voluntad y sentimos temor de ir por otros caminos. En este sentido existe temor de fallar y causarle pena al Señor. Con este Don tenemos la fuerza para vencer los miedos y aferrarnos al gran amor que Dios nos tiene.

(El contenido de cada don esta tomado de:

https://mercaba.org/FICHAS/Chile/los_dones_del_ES.htm)

Guía: Contemplemos el altar con cada uno de los dones que hemos colocado. En silencio pedimos a Dios el don que más necesitemos en este momento.

(Guardamos un momento de silencio, después cantamos)

Cantamos: Espíritu Santo Ven.

Guía: Dios conoce lo que cada uno estamos viviendo en el silencio del corazón, sin embargo, los invito a expresárselo con libertad, y a cada petición todos respondemos: R/. **“Ven Espíritu de amor”**.

- 1.- A los Jóvenes que se sienten solos y hundidos en la droga y el alcoholismo. R/
- 2.- A las mamás que sufren por la pérdida o la desaparición de un hijo. R/
- 3.- A todos los que cuidan a una persona enferma. R/
- 4.- A las familias que viven centradas en las cosas materiales. R/

(Se pueden agregar otras peticiones...)

Guía: Nos ponemos de rodillas para reservar el Santísimo.

Canto eucarístico

Sacerdote o diácono dice:

V. Les diste, Señor, el Pan del cielo.

R. Que contiene en sí todo deleite.

Sacerdote:

Oh Dios, que por el misterio de esta fiesta santificas a toda tu Iglesia extendida por todos los pueblos y naciones; derrama los dones de tu Espíritu sobre todos los confines de la tierra y realiza ahora también, en el corazón de tus fieles, aquellas maravillas que te dignaste hacer en los comienzos de la predicación evangélica. Por Jesucristo nuestro Señor.

Bendición con el Santísimo.

Canto para reservar el Santísimo.